

VIGILIA PASCUAL (A)
Homilía del P. Josep M. Soler, Abad de Montserrat
23 de marzo de 2008
Gn 22, 1-13, 15-18

El crucificado, no está aquí, en el sepulcro: ha resucitado. Este anuncio que por boca del diácono nos ha hecho el evangelista san Mateo es realmente Evangelio. Es Buena Noticia. Atravesando los siglos, es portador también hoy de alegría y de esperanza porque llena de claridad nuestras noches. Sí, hermanas y hermanos, la luz del Cristo resucitado ilumina toda la historia humana y hace nuevas todas las cosas. Su luz hace, también, que la Palabra del Antiguo Testamento que hemos escuchado aparezca con una perspectiva nueva y más profunda.

Os invito a recordar, a la luz del Cristo, la segunda lectura de esta vigilia, cuándo meditábamos las grandes gestas de Dios en favor de la humanidad. La lectura hablaba de Abrahán, y de Isaac, su hijo. Era una narración llena de dramatismo, que nos ayuda a profundizar el misterio de la muerte y la resurrección de Jesús; y por lo tanto a agradecerlo, a adorarlo, a hacerlo vida nuestra.

Abrahán era un hombre de fe, hasta el punto de que su fe es una referencia para todos los creyentes en el Dios único. Abrahán cree, se fía de Dios; lo hace hasta en contra lo que le dice la evidencia humana. La lectura nos lo presentaba dispuesto a sacrificar a su hijo Isaac, por más que era el depositario de todas las promesas que había recibido de parte de Dios. Si moría Isaac nada de lo que Abrahán había creído tendría sentido ni cumplimiento. Y sin embargo, Dios para educar su fe, le pide que sacrifique a su *hijo único*. Y Abrahán se dispone a obedecer. A pesar de los interrogantes y el dolor indecible que eso le podía suponer, cree. Cree que Dios es lo suficiente poderoso para encontrar una salida que no defraude las promesas que le ha hecho de una descendencia y de una tierra, ligadas ambas a su hijo Isaac. Como dirá la carta a los cristianos Hebreos: *Abrahán pensó que Dios tiene poder hasta para resucitar muertos. Y así recobró a Isaac como figura del futuro.* (11, 19).

En esta escena Isaac es una figura de Cristo. Su diálogo con Abrahán, su padre, haciendo camino hacia la montaña del sacrificio, nos recuerda el de Jesús en Getsemaní: *-Padre mío, si es posible, que pase y se aleje de mí este cáliz. Pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres.* (Mt 26, 39). Hay, sin embargo, una diferencia; Isaac no es consciente de que es él quien está destinado a ser la víctima del sacrificio y, en cambio, Jesús es consciente y lo acepta: "Sí, Padre, lo que Tú quieras". La prefiguración de Cristo todavía va más allá: Isaac avanza *llevando a la espalda la leña para el sacrificio*, de forma parecida a Jesús que avanza hacia el lugar de su inmolación *llevándose él mismo la cruz* (cf. Jn 19, 17).

La cima, sin embargo, de Isaac como imagen de Cristo estaba al final de la lectura. Abrahán y su hijo llegan a la montaña del sacrificio. Allí, una vez que Abrahán, sin compadecerse de aquello que más amaba, al hijo único, ha dado prueba de su fe y de su obediencia a la voluntad divina, Dios le muestra que no quiere sacrificios humanos; y le hace descubrir *un carnero* para el sacrificio. Dios, pues, libera a Isaac de la muerte, devolviéndolo a la vida cuando ya estaba sobre la leña del altar, a punto de ser sacrificado. Vemos aquí una prefiguración de la Pascua de Cristo.

En el caso de Jesús, sin embargo, tal como hemos tenido ocasión de contemplar estos días santos, la donación ha sido hasta el final, hasta el derramamiento de la sangre como expresión del don de la vida por amor. El *carnero* presentado a Abrahán para ofrecerlo en sustitución de Isaac era una figura anticipada del verdadero Cordero enviado por Dios, que en la Pascua ha sido inmolado, Jesucristo. Aun más que

Abrahán, Jesús no ha escatimado nada en su donación obediente a Padre y ha llegado hasta el final en su entrega de amor. Y Dios Trinidad tampoco ha escatimado nada en su donación a nosotros, a toda la humanidad: *Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único* (Jn 3, 16), *no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por nosotros* (Rm 8, 32). Pero el Padre tampoco quería la destrucción de su querido Hijo único. *Escuchó su oración y lo salvó de la muerte* después de haber pasado por los sufrimientos. Por eso, lo resucitó y lo *convirtió en autor de salvación eterna* (cf. He 5, 9). En la montaña del Calvario, Dios mismo se proveyó para el sacrificio del verdadero Cordero con el fin de liberarnos y hacer de nosotros sus hijos mediante la muerte y la resurrección de Jesús. Él es la descendencia verdadera de Abrahán (cf. Ga 3, 16) y el Cordero sacrificado que vive para siempre y hace siempre actual su donación. Él, Jesucristo, es la clave de interpretación del mundo y de la historia humana. (cf. Ap 5, 6-14).

En nuestra vida de creyentes, todos tenemos que reproducir la fe de Abrahán, la docilidad en llevar el propio haz de Isaac, la donación generosa de Jesús, con la conciencia de que por la gracia de la Pascua somos instrumentos de vida. Efectivamente, por el bautismo todos participamos del misterio de Cristo y somos invitados a vivir con esperanza en el Dios que da la vida y libera del fracaso después de la muerte. En nuestra sociedad, los cristianos tenemos que ser portadores de esperanza y de sentido, particularmente ante el sufrimiento. El don recibido en el bautismo y la Eucaristía nos dan la fuerza.

Ahora el Señor resucitado, por obra del Espíritu Santo, abrirá las puertas de la filiación divina a un niño, Jordi. Porque el amor sin límites de Dios se da incluso antes de que podamos ser conscientes de cómo nos ama. Y con la filiación divina será incorporado a Cristo. Todos nosotros nos unimos a la alegría de sus padres y familiares. Nos unimos a la alegría de la Iglesia por la incorporación de un nuevo miembro al Pueblo de Dios. Nos unimos a la alegría de la Santa Trinidad que comunica su vida divina a una nueva persona. Por el bautismo, Jordi será también como nosotros descendencia espiritual de Abrahán, nuestro padre en la fe; una descendencia que se reúne entorno a Aquél que en su divinidad ya era antes de Abrahán (Jn 8, 58), nuestro Señor Jesucristo, que "rompiendo los vínculos de la muerte" se nos ha manifestado victorioso (cf. Exultet).